



El dulce vicio de escribir



Arthur Rimbaud (1854 - 1891), el niño prodigio que revolucionó la poesía moderna, como se sabe, la abandonó muy pronto y partió al África en pos de una vida de aventuras que nada tuviese que ver con la literatura. Empeñado en forjarse una gran fortuna trabajó incansablemente en Etiopía, comerciando y contrabandeando diversos artículos, entre ellos las armas.

La estremecedora carta aquí reproducida fue escrita a su hermana y narra las peripecias e infortunios de su regreso a Francia, muy enfermo de la pierna que poco después le sería amputada en el hospital marsellés de La Concepción. Está fechada a menos de cuatro meses de su muerte. Al inicio hace referencia a un problema con el gobierno francés por no haber hecho el servicio militar y, más adelante cita al señor Tian. Se trata de César Tian, comerciante marsellés y socio de Rimbaud.

Marsella, 15 de julio de 1891

Querida Isabelle:

Recibo tu carta del 13 y tengo la ocasión de responderla enseguida. Veré qué trámites puedo hacer con esa nota de la intendencia y el certificado del hospital. En efecto, me gustaría tener esta cuestión solucionada, pero desgraciadamente no encuentro el medio de hacerlo, pues apenas soy capaz de calzarme el zapato en mi única pierna. En fin, me las arreglaré como pueda. Al menos con esos documentos no corro el riesgo de ir a la cárcel, puesto que la administración militar sería capaz de encarcelar a un lisiado, y aun en el mismo hospital. En cuanto a la declaración de regreso a Francia, ¿a quién y dónde hacerla? No hay nadie cerca de mí para informarme; y está lejos el día en que pueda ir a las oficinas, con mis piernas de madera, para informarme.

Paso la noche y el día pensando de qué modo desplazarme: es un verdadero suplicio. Querría hacer esto y aquello, ir aquí y allá, ver, vivir, partir: imposible, imposible al menos por mucho tiempo, sino para siempre. A mi lado sólo veo esas malditas muletas: sin esos bastones, no puedo dar un paso, no existo. Sin la gimnasia más atroz, no puedo siquiera vestirme. Casi llegué a correr con las muletas, pero no logro subir o bajar las escaleras y, si el terreno es accidentado, el salto de un hombro a otro me fatiga mucho. Tengo un dolor muy fuerte en el brazo y en el hombro derechos, y encima la muleta que me perfora la axila y una neuralgia más en la pierna izquierda: con todo eso hay que hacerse el acróbata el día entero para dar la sensación de que existo.

Hete aquí lo que he considerado, en último lugar, como la causa de mi enfermedad. El clima en Harar es frío de noviembre a marzo. Yo, por costumbre, casi no me vestía: un simple pantalón de hilo y una camisa de algodón. Con eso, caminatas de 15 a 40 kilómetros por día, cabalgatas insensatas a través de las abruptas montañas del país. Creo que ha debido desarrollarse en la rodilla un dolor artrítico causado por el cansancio, el calor y el frío. En efecto, esto comenzó por un golpe de martillo (por así decirlo) bajo la rótula, ligero golpe que se repetía a cada minuto; gran sequedad de la articulación y retracción del nervio del muslo. Vino después la hinchazón de las venas alrededor de la rodilla, que hacía suponer la aparición de várices. Yo caminaba y trabajaba demasiado, más que nunca, creyendo que se trataba de un simple golpe de aire. Después aumentó el dolor en el interior de la rodilla. Era, a cada paso que daba, como un clavo hundido de costado. Y seguía caminando, aunque con muchas más penas; sobre todo montaba a caballo y, cuando descendía, me sentía casi lisiado. Luego, la parte superior de la rodilla se hinchó, la rótula se espesó, la corva también se encontró tomada, la circulación se volvió penosa y el dolor sacudía los nervios desde el tobillo hasta los riñones. No caminaba más que cojeando mucho y me encontraba siempre peor, pero forzosamente tenía mucho que hacer. Comencé entonces a vendar mi pierna de arriba abajo, a friccionar, bañar, etc., sin resultados. Perdía el apetito. Comenzaba un insomnio tenaz. Me debilité y adelgacé mucho. Hacia el 15 de marzo me decidí a guardar reposo, al menos a mantenerme en posición horizontal. Dispuse una cama entre mis valijas, mis escrituras y una ventana desde donde podía vigilar mis balanzas en el trabajo, mientras yo permanecía recostado, con la pierna extendida. Pero, día a día mi rodilla se hinchaba como una bola.

Observé que la cara interna de la cabeza de la tibia estaba mucho más voluminosa que la de la otra pierna: la rótula se inmovilizaba, anegada en la excreción que segregaba la rodilla hinchada, que, con terror, vi cómo en unos días endurecía como buco. En ese lapso toda la pierna se puso rígida, completamente rígida. En ocho días no podía ir a ningún sitio si no lo hacía arrastrándome. Sin embargo, la pierna y lo alto del muslo adelgazaban siempre, la rodilla y la corva se hinchaban, se petrificaban, o más bien se osificaban, y mi debilitamiento físico y moral empeoraron.

A fines de marzo resolví partir. En unos días liquidé todo, a pérdida. Y, como la rigidez y el dolor me prohibían montar mulas o aun camellos, hice que me construyeran una camilla cubierta de una cortina que dieciséis hombres transportaron a Zeilah en unos quince días. Al segundo día de viaje, habiendo avanzado lejos de la caravana, fui sorprendido en un páramo por una lluvia bajo la cual permaneci tendido dieciséis horas, sin abrigo y sin posibilidad de moverme. Esto me hizo mucho mal. Jamás pude incorporarme de la camilla; armaban la carpa encima de mí en el lugar donde me dejaban caer. Cavaba un agujero con mis manos, cerca del borde de la camilla, y conseguía ladearme penosamente para hacer mis necesidades en un agujero que después llenaba de tierra. A la mañana siguiente, levantaban la carpa y me transportaban. Llegué a Zeilah extenuado, paralizado. No descansé allí más que cuatro horas: un vapor partía hacia Adén. Arrojado en el puente sobre mi colchón (hubo que cargarme a bordo en mi camilla), pasé tres días de viaje sin probar bocado. En Adén nuevo descenso en la camilla. Pasé algunos días en lo del señor Tian para arreglar nuestros asuntos ful después al hospital donde el médico inglés, al cabo de quince días, me aconsejó que fuese a Europa.

Mi convicción es que este dolor en la articulación habría sido curado sin mayores consecuencias si hubiera sido tratado a tiempo. Pero yo ignoraba eso. Arruiné todo por mi empeño en caminar y trabajar excesivamente. Me pregunto por qué en el colegio no se enseña medicina, al menos lo necesario para no cometer semejantes estupideces.

Si en este caso alguien me consultara, le diría: usted ha llegado a este punto, pero jamás se deje amputar. Hágase despedazar, desgarrar, cortar en piezas, pero no sufra una amputación. Si la muerte llega, será siempre mejor que la vida con miembros de menos. Esto lo han hecho muchos y, si tuviera que volver a empezar, también yo lo haría. Mejor sufrir un año como un condenado que ser amputado.

He aquí el buen resultado: estoy sentado, de vez en cuando me levanto, salto una centena de pasos en mis muletas y vuelvo a sentarme. Mis manos no pueden sostener nada. Si camino no puedo desviar la atención de mi único pie y de la punta de mis muletas. La cabeza y los hombros se inclinan hacia delante, y te curvas como un jorobado. Tiembles al ver los objetos y las personas que se mueven a tu alrededor, por temor a que te atropellen y te rompan la segunda pata. Se rien al verte dar saltitos. Nuevamente sentado, sientes las mans crispadas, la axila deshocha y la figura de un idiota. Te desesperas, tendido como un completo impotente, lloriqueando y esperando la noche, que traerá otra vez el insomnio perpetuo y la mañana más triste aun que la víspera, etc. etc. ...

Rimbaud

